

Cultura y Ocio

Sobre el temor a los lisiados

CRÍTICA TEATRO

DESPUÉS DE MÍ, EL DILUVIO

★★★★☆

Teatro Echegaray. Fecha: 12 de marzo.
Producción: Teatre Lliure y Centro Dramático Nacional. **Dirección:** Carlota Subirós. **Texto:** Lluïsa Cunillé. **Reparto:** Jordi Dauder y Vicky Peña. **Aforo:** Unas 200 personas (dos tercios de entrada).

Pablo Bujalance

Carlota Subirós, directora escénica vinculada al Teatre Lliure, no es una desconocida para el público malagueño. Hace unos cuatro años, el Teatro Cánovas acogió la representación de su magistral lectura de *Otelo*. En aquel montaje demostró, a pesar de su breve trayectoria, una especial intuición a la hora de sumar elementos dispares, clásicos y contemporáneos, e integrarlos en un concierto de natural sonoridad. En *Después de mí, el diluvio*, Subirós, desde luego una de las cabezas del teatro mejor amuebladas en este país, sigue exactamente el camino inverso, aunque en un registro igualmente épico: se dedica a despojar, a jugar con los mínimos presupuestos, hasta reducir su puesta en escena a sólo tres claves: espacio, luz (el trabajo



Vicky Peña y Jordi Dauder, en la representación de 'Después de mí, el diluvio'.

de Mingo Albir es aquí proverbial) e interpretación. Y lo cierto es que los alcances son los mismos, o seguramente más profundos. Su propuesta exhala una religiosidad profunda y a la vez intuitiva; en esta obra lo que se sugiere es mucho más importante que lo que se muestra, y Subirós acierta de pleno mostrando muy poco. El resultado

es un montaje donde lo más difícil parece extremadamente sencillo: por ejemplo, el modo en que los dos actores se distribuyen por toda la habitación, en una coreografía silenciada, parece elemental y obvio pero revela una sabiduría escénica determinante. La fluidez con que la acción se corresponde con una creciente oscuridad despierta

en el espectador sensaciones contradictorias e incómodas, como dos perros atados por la misma sogas que se mueven en direcciones contrarias. Pero esa desazón se parece bastante, mucho, al arte.

El texto de Lluïsa Cunillé contempla las mismas reglas. Como en otra obra representada no hace mucho también por Vicky Peña en

Málaga, *En casa, en Kabul*, de Tony Kushner, la pieza recurre al infierno como polo opuesto a Occidente para indagar en las emociones de seres lisiados, desprovistos de raíz. Culliné se inspira, no obstante, en *El corazón de las tinieblas* para dar cuerpo a un brutal informe de la FAO sobre los índices de mortalidad infantil en el mundo en relación con el hambre, y ciertamente el Zaire en el que dos europeos se descarnan en una habitación de hotel es el mismo Congo en el que Kurtz se atrevió a viajar al otro lado de la razón para no volver jamás. El hombre y la mujer que suben a escena, así como el tercero en discordia, invocado sólo mediante la traducción de sus palabras (un recurso que recuerda a Beckett), han superado cualquier límite para el horror. Lo mejor del abrumador texto de Cunillé es sin embargo la sutileza: entre una aparente formalidad, expone la realidad más cruda sobre el crimen, la guerra, el suicidio y la enfermedad con una frialdad contra la que uno sólo puede removerse en la butaca. Aquí está, ciertamente, la misma inspiración de Conrad, la misma certeza de que el infierno existe. Se gusta en la boca.

Dejar para el final el impresionante trabajo de Vicky Peña es injusto a todas luces, aunque quizá esto es exactamente lo que esperábamos de ella. El cambio de registro que borda aquí debería ser materia obligada en todas las escuelas de arte dramático. Y Jordi Dauder no se queda atrás. Fabuloso.